

LA LLEGADA

Por: Marta González Bueno

SEGUNDO PREMIO TEMA COLEGIOS
CONCURSO DE RELATOS DEL X DÍA DEL PÍNFANO (2013)

Amanecía ya. Sus caras, sus cabellos y sus ropas presentaban un aspecto ennegrecido, señal de que llevaban mucho rato asomadas a la ventanilla de aquel largo tren movido con carbón.

Casi de repente, como ocurría en todos los viajes, aparecieron a lo lejos las agujas de la magnífica catedral gótica que enseñoreaba sobre la pequeña ciudad de provincias.

Y entonces, sus corazones comenzaron a latir más fuerte, sus caras se iluminaron con una amplia sonrisa y los codazos y las miradas cómplices reflejaban la alegría que se había apoderado de ellas.

Por fin iban a llegar. Sabían que en poco tiempo, se iba a hacer realidad el sueño acunado durante los largos meses de estancia en el internado: estar en casa dos meses seguidos.

Ya no importaba el accidentado trayecto de Aranjuez a Madrid, en un tren con incómodos asientos de tabloneros de madera y poblado de paisanos con cestas repletas de verduras y pollos vivos. Nada importaba la larga espera en la estación de Atocha, sin nada que hacer ni nada que gastar. No importaba el largo viaje desde Madrid, iniciado en las primeras horas de la noche.

Sólo importaba lo que estaba a punto de hacerse realidad: en poco tiempo se iban a encontrar con su madre que, impaciente, esperaba en casa a sus hijas que transportaba un tren del que nunca se sabía con exactitud a que hora llegaría. En poco tiempo el tren pararía y las hermanas, cual expertas viajeras, cogerían sus pesadas, aunque medio vacías maletas, de rayas granates y grises, bajarían presurosas del tren y caminarían por los paseos que separaba la estación de su casa, en el centro de la ciudad.

Mientras caminaban a su destino, reconociendo los pequeños hitos del camino, irían paladeando el próximo encuentro con lo que más querían y con lo que de verdad echaban a faltar en el internado: su madre.

Llegarían y la encontrarían despierta, con la comida caliente y algún capricho para ellas, sus hijas ausentes, escondiendo las lágrimas de felicidad por el final de la larga ausencia. Ante ellas, dos meses que se prometían felices. En los que podrían hacer realidad y disfrutar de los besos, los abrazos y las

caricias que semanalmente, por miles, se enviaban en sus cartas.

Era 1957 y todavía les quedaban muchas más ocasiones de parecidas vivencias.